

Los Mimpins

Roald Dahl

Ilustraciones de Claudia Ranucci

loqueleo



La madre de Billy se pasaba la vida repitiéndole al chico lo que podía y lo que no podía hacer.

Todas las cosas que le permitía hacer eran aburridas. Todas las cosas que le tenía prohibidas resultaban apetecibles.

Una de las cosas que tenía prohibidas PROHIBIDÍSIMAS era la más apetecible de todas: salir solo por la puerta del jardín y explorar el mundo que había más allá.

Una soleada tarde de verano, Billy estaba arrodillado sobre una silla del cuarto de estar contemplando a través de la ventana el mundo que había al otro lado de la valla. Su

madre estaba en la cocina planchando y, aunque la puerta estaba abierta, no podía verlo.



De vez en cuando la madre le decía:

—Billy, ¿qué estás haciendo?

—Me estoy portando bien, mamá
—contestaba invariablemente Billy.

Pero Billy estaba harto de tanto portarse bien.

A través de la ventana, y no muy lejos, podía ver el inmenso oscuro bosque misterioso que recibía el nombre de Bosque del Pecado. Siempre le había apetecido muchísimo explorarlo.

Su madre le tenía dicho que incluso los mayores tenían miedo de entrar en el Bosque del Pecado. Le recitaba un poemilla que decía:

*¡Cuidado, cuidado!
¡Es el Bosque del Pecado!
¡Nadie salió nunca vivo,
aunque muchos han entrado!*



—¿Por qué no salieron?
—preguntaba Billy—. ¿Qué
les pasó allí dentro?

—Ese bosque está lleno
de las bestias salvajes más sanguinarias del
mundo —le contestaba su madre.

—¿Leones y tigres quieres decir?
—preguntaba Billy.

—Mucho peor que eso —contestaba
su madre.

—¿Qué puede ser peor
que tigres y leones, mamá?

—Los colmisangrudos son
peor —decía su madre—,
y los cuernoclavantes y los
horritrozontes y los lengua-
venenos; y el peor de todos
es el terrible chupasangre-arrancadientes-
masticapiedras-escupidor. También hay uno
de esos allí.

—¿Un escupidor, mamá?

—Ya lo creo. Y cuando un escupidor
va tras de ti, suelta chorros de humo ardien-
te por el morro.





—¿Me comería?

—De un solo bocado —aseguraba la madre.

Billy no creía ni una sola palabra de todo aquello. Sospechaba que su madre lo había inventado para asustarlo y que no se atreviera nunca a salir solo de la casa.

Y ahora Billy estaba arrodillado sobre la silla, contemplando fijamente a través de la ventana el famoso Bosque del Pecado.

—Billy, ¿qué estás haciendo? —preguntó su madre desde la cocina.

—Me estoy portando bien, mamá —le respondió Billy.

Y justamente entonces ocurrió algo muy curioso. Billy empezó a oír que alguien le susurraba cosas al oído. Y sabía quién lo

hacía. Era el Malo. El Malo siempre empezaba a susurrarle cosas cuando estaba aburrido.



—Sería fácil —susurraba el Malo— saltar por la ventana. Nadie te vería. En unos segundos estarías en el jardín, en otros pocos segundos estarías cruzando la

puerta del jardín y unos segundos después esta-

rías tú solo explorando el maravilloso Bosque del Pecado. Es un lugar fantástico. No creas una palabra de lo que tu madre cuenta sobre



los colmisangrudos, los cuerno-clavantes, los horritrozontes y los lenguavenenos, ni tampoco lo del terrible chupasangre-arran-cadientes-masticapiedras-escupidor. No existen.

—¿Qué hay allí?

—murmuró Billy.

—Fresas silvestres

—le respondió el Malo en su susurro—. Todo el suelo del bosque está alfombrado de fresas silvestres, rojas, brillantes, jugosas. Ve y lo verás por ti mismo.



Estas eran las palabras que el Malo susurraba al oído de Billy en aquella soleada tarde de verano.

Un minuto después, Billy estaba encaramándose a la ventana.

Al minuto siguiente aterrizaba silenciosamente sobre el arriate de flores que había debajo.

Y un minuto más tarde se deslizaba por la puerta del jardín.

¡Y ya estaba en el mismísimo lindero del inmenso oscuro Bosque del Pecado!

¡Lo había hecho! ¡Había llegado hasta allí! ¡Podía empezar a explorar!

¿Estaba nervioso?

¿Qué?

¿Quién había dicho nada de estar nervioso?

¿Cuernoclavantes? ¿Lenguavenenos? ¿Qué estupideces eran esas?

Billy dudó un momento.

—No estoy nervioso —dijo—. No estoy ni pizca de nervioso, pero ni siquiera una pizca.

Muy, muy despacio avanzó para entrar en el inmenso bosque. Enseguida se vio rodeado por árboles gigantes, las ramas



formaban un tupido techo sobre su cabeza, ocultando la luz del sol. Aquí y allá pequeñas manchas de luz se colaban por entre los resquicios de las ramas. No se oía nada. Era como estar entre muertos en una grandiosa catedral vacía.

Cuando ya se había internado un trecho en el bosque, Billy se detuvo y permaneció completamente quieto, escuchando. No se oía nada, absolutamente nada. Todo estaba en completo silencio.

¿O no?

¡Un momento!

¿Qué era aquello?

Billy inclinó un poco la cabeza y escuchó, escrutando al mismo tiempo el tenebroso bosque interminable que tenía a su alrededor.

¡Otra vez! Y esta vez no cabía la menor duda.

Desde muy lejos llegaba el sonido de un ligero y suave roce, algo como el murmullo de un soplo de brisa entre los árboles.



Después el sonido fue aumentando. Se hacía cada vez más y más fuerte; ya no era un soplo de brisa, era un espantoso jadeo aterrador que sonaba como si un animal gigantesco respirase afanosamente mientras galopaba hacia Billy.

El chico dio media vuelta y echó a correr.

Billy corrió y corrió como no había corrido en su vida; pero el espantoso jadeo aterrador corría tras él. Y lo peor era que el sonido crecía y crecía. Lo que significaba que aquella cosa, la que hacía ruido, la que galopaba, se estaba acercando. ¡Lo estaba alcanzando!

¡Corre, Billy, corre, corre, corre...!

